



### CAPÍTULO III

DE ALGUNOS HOMBRES DECIDIDOS  
QUE FORMABAN LA PARTIDA DEL CURA

**C**ONCLUÍDA la ejecución, Lus-  
chia dió la orden de mar-  
cha, y los quince ó veinte  
hombres tomaron hacia  
Oyarzun, por el camino que  
pasa por la Cuesta de la Agonía.

La partida iba en dos grupos; en el primero marchaba Martín y en el segundo Bautista.

Ninguno de la partida tenía mal aspecto, ni aire patibulario. La mayoría parecían campesinos del país, casi todos llevaban traje negro, boina azul pequeña, y algunos en vez de botas calzaban abarcas con pieles de carnero que les envolvían las piernas.

Luschia el jefe, era uno de los tenien-

tes del Cura y además capitaneaba su guardia negra. Sin duda gozaba de la confianza del cabecilla. Alto, huesudo, de nariz fenomenal, enjuto y seco.

Tenía Luschia una cara que siempre parecía de perfil, y la nuez puntiaguda.

Parecía buena persona, hasta cierto punto, insinuante y jovial. Consideraba sin duda una magnífica adquisición la de Zalacaín y Bautista, pero desconfiaba de ellos y aunque no como prisioneros, los llevaba separados y no les dejaba hablar á solas.

Luschia tenía también sus lugartenientes; Praschcu, Belcha y el Corneta de Lasala. Praschcu era un hombre grueso, barbudo, sonriente y rojo, que á juzgar por sus palabras no pensaba más que en comer y en beber bien. Durante el camino no habló más que de guisos y de comidas, de la cena que le quitaron al cura de tal pueblo ó al maestro de escuela de tal otro, del cordero asado que comieron en este caserío y de las botellas de cidra que encontraron en una taberna. Para Praschcu la guerra no era más que una serie de comilonas y de borracheras.

Belcha y el Corneta de Lasala iban acompañando á Bautista.

A Belcha (el negrito), le llamaban así por ser pequeño y moreno; el Corneta

de Lasala ostentaba una cicatriz violácea que le cruzaba la frente. Su apodo procedía de su oficio de capataz de los que dan la señal para el comienzo y el paro del trabajo con una bocina.

Los quince hombres de la partida llegaron á media tarde á Arichulegui, un monte cercano á Oyarzun, y entraron en una borda próxima á una ermita.

Esta borda era la guarida del Cura. Allí tenía su depósito de municiones.

El cabecilla no estaba. Guardaba la borda un retén de unos veinte hombres. Se hizo pronto de noche. Zalacaín y Bautista comieron un rancho de habas y durmieron sobre una hermosa cama de heno seco.

Al día siguiente muy de mañana sintieron los dos que les despertaban de un empujón: se levantaron y oyeron la voz de Luschia.

—Hala. Vamos andando.

Era todavía de noche; la partida estuvo lista en un momento. Al mediodía se detuvieron en Fagollaga y al anoecer llegaban á una venta próxima á Andain, en donde hicieron alto. Entraron en la cocina. Según dijo Luschia allí se encontraba el Cura.

Efectivamente, poco después, Luschia llamó á Zalacaín y á Bautista.

—Pasad—les dijo.

Subieron por una escalera de madera

hasta el desván y llamaron en una puerta.

—¿Se puede?—preguntó Luschía.

—Adelante.

Zalacaín, á pesar de ser animoso, sintió un ligero estremecimiento en todo el cuerpo, pero se irguió y entró sonriente en el cuarto. Bautista llevaba el ánimo de protestar.

—Yo hablaré—dijo Martín.

A la luz de un farol se veía un cuarto de cuyo techo colgaban mazorcas de maíz y una mesa de pino á la cual estaban sentados dos hombres. Uno de ellos era el Cura, el otro su teniente, un hombre llamado Egozcue, conocido por el apodo de El Jabonero.

—Buenas noches—dijo Zalacaín.

—Buenas noches—contestó el Jabonero amablemente.

El Cura no contestó. Estaba leyendo un papel.

Era un hombre regordete, más bajo que alto, de tipo insignificante, de unos treinta y tantos años. Lo único que le daba carácter era la mirada, amenazadora, oblicua y dura.

Al cabo de algunos minutos el Cura levantó la vista y dijo:

—Buenas noches.

Luego siguió leyendo.

Había en todo aquello algo ensayado para infundir terror, Zalacaín lo com-

prendió y se mostró indiferente y contempló sin turbarse al Cura. Llevaba éste la boina inclinada sobre la frente, como si temiera que le mirasen á los ojos; gastaba barba ya ruda y crecida, el pelo corto, un pañuelo en el cuello, un chaquetón negro con todos los botones cerrados y un garrote entre las piernas.

Aquel hombre tenía algo de esa personalidad enigmática de los seres sanguinarios y de los verdugos; su fama de cruel y de bárbaro se extendía por toda España. El lo sabía y probablemente estaba orgulloso del terror que causaba su nombre. En el fondo era un pobre diablo histérico, enfermo, convencido de su misión providencial. Nacido, según se decía, en el arroyo, en Elduayen, había llegado á hacerse cura y á tener un curato en un pueblecillo próximo á Tolosa. Un día estaba celebrando misa cuando fueron á prenderle. Pretextó el Cura el ir á quitarse los hábitos y se tiró por una ventana y huyó y empezó á organizar su partida.

Aquel hombre siniestro se encontró sorprendido ante la presencia y la serenidad de Zalacaín y de Bautista, y sin mirarles dijo en vascuence:

—¿Sois vascongados?

—Sí—dijo Martín avanzando.

—¿Qué hacíais?

—Contrabando de armas.

- ¿Para quién?  
 —Para los carlistas.  
 —¿Con qué comité os entendísteis?  
 —Con Bayona.  
 —¿Qué fusiles habéis traído?  
 —Berdan y Chassepot.  
 —¿Es verdad que tenéis armas escondidas cerca de Urdax?  
 —Ahí y en otros puntos.  
 —¿Para quién las traíais?  
 —Para la Guardia Móvil.  
 —Bueno. Iremos á buscarlas. Si no las encontramos os fusilaremos.  
 —Está bien—dijo friamente Zalacaín.  
 —Marchaos—repuso el Cura, molesto por no haber intimidado á sus interlocutores.  
 Al salir, en la escalera, el Jabonero se acercó á ellos.  
 Éste tenía aspecto militar, de hombre amable y bien educado.  
 Había sido guardia civil.  
 —No temáis—dijo.—Si cumplís bien, nada os pasará.  
 —Nada tememos—contestó Martín.  
 Fueron los tres á la cocina de la posada y el Jabonero se mezcló entre la gente de la partida que esperaba la cena.  
 Se reunieron en la misma mesa el Jabonero, Luschia, Belcha, el Corneta de Lasala, y uno gordo á quien llamaban Anchusa.

Egozcue no quiso aceptar en la mesa á Praschcu, porque dijo que si á éste le ponían al principio no dejaba nada á los demás.

Con este motivo un muchacho joven ex-seminarista, apellidado Dautchari y conocido también por el mote de el Estudiante, que formaba parte de la partida recordó la canción de Viluich que se llama la Canción del Potaje; y como en ella el autor se burla de un cura tragón, tuvo que cantarla en voz baja para que no se enterara el cabecilla.

El posadero trajo la comida y una porción de botellas de vino y de sidra, y como la caminata desde Arichulegui hasta allá les había abierto el apetito, se lanzaron sobre las viandas como fieras hambrientas.

Estaban cenando cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién vá?—dijo el posadero.

—Yo. Un amigo—contestaron de fuera.

—¿Quién eres tú?

—Ipintza, el loco.

—Pasa.

Se abrió la puerta y entró un viejo mendigo envuelto en una anguarina parda, con una de las mangas atadas y convertida en bolsillo. Dantchari, el Estudiante, le conocía y dijo que era un vendedor de canciones á quien tenían

por loco, porque cantaba y bailaba recitándolas.

Se sentó Ipintza, el loco, á la mesa y le dió el posadero las sobras de la cena. Luego se acercó al grupo que formaban los hombres de la partida alrededor de la chimenea.

—¿No queréis alguna canción?— dijo.

—¿Qué canciones tienes?—le preguntó el Estudiante.

—Tengo todas. La de la mujer que se queja del marido, la del marido que se queja de la mujer, Pello Joshepe...

—Todo eso es viejo.

—También tengo Hurra Pepito y la canción entre Amo y criado.

—Esa es liberal—dijo Dantchari.

—No sé—contestó Ipintza, el loco.

—¿Cómo que no sabes? Yo creo que tú no eres del todo ortodoxo.

—No sé lo que es eso. ¿No queréis canciones?

—Pero bueno, contesta. ¿Eres ortodoxo ó heterodoxo?

—Ya te he dicho que no sé.

—¿Qué opinas de la Trinidad?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? ¡Y te atreves á decirlo! ¿De dónde procede el Espíritu Santo? ¿Procede del Padre ó procede del Hijo, ó de los dos?

¿O es qué tú crees que su hipóstasis es

consustancial con la hipóstasis del Padre ó la del Hijo?

—No sé nada de eso. ¿Queréis canciones? ¿No queréis comprar canciones á Ipintza, el loco?

—Ah. ¿De manera que no contestas? Entonces eres herético: *Anathema sit*. Estás excomulgado.

—¡Yol! ¿Excomulgado?—dijo Ipintza—y retrocedió y enarboló su blanco garrote.

—Bueno, bueno—gritó Luschia al Estudiante.—Basta de bromas.

Praschcu echó unas cuantas brazadas de ramas secas. Chisporroteó el fuego en el hogar; unos se pusieron á jugar al mus y Bautista lució su magnífica voz cantando varios zortzicos.

Dantchari, el Estudiante, desafió á echar versos á Bautista y éste aceptó el desafío. Los dos comenzaban con el estribillo:

Orain esango dizut  
nic zuri eguia.

(Ahora te diré yo la verdad).

Y la fuerza del consonante les hizo decir una porción de disparates y de astracanas que produjeron el entusiasmo de la reunión.

Los dos merecieron plácemes y aplausos. Luego Dantchari aseguró que sabía imitar la voz de tiple, y entre Bautista y

él cantaron la canción que comienza diciendo:

Marichu, ¿nora zuaz  
eder galanta ori?

(María, ¿á dónde vas tan bonita?)

Bautista cantando de mozo y Dantchari de chica, dirigiéndose preguntas y respuestas de burlona ingenuidad, hicieron las delicias de la concurrencia.

Luego Bautista cantó la bella canción del país de Soul, que dice así:

Urzo churia errazu  
Nora yoaten cera zu  
Ezpaniaco mendi guciac  
Elurrez beteac dituzu  
Gaur arratzean ostatu  
Gure echean badezu.

(Paloma blanca dime á donde vas. Todos los montes de España están llenos de nieve. Si quieres albergue para esta noche lo tienes en mi casa).

Los de la partida aplaudieron, pero más que esta canción romántica les gustó el duo anterior, y Egozcue, comprendiéndolo así, compró á Ipintza, el loco, un papel que era la letra de la nueva canción de Viluich, llamada Juana Vis-henta Olave, y escrita por el autor adaptándola á un aire popular titulado ¡Orra Pepito!

La canción de Viluich era un diálogo amoroso entre el propietario de un case-

río y la hija del arrendador á quien trata de conquistar.

El Estudiante se puso las enaguas de la posadera y se ató un pañuelo en la cabeza, Bautista se caló un sombrero de copa que alguno encontró, no se sabe donde, y cantaron ambos el duo ingénuo de Viluich, y la algazara fué tan grande que los cantores tuvieron que enmudecer porque el Cura gritó desde arriba que no le dejaban dormir en paz.

Cada cual fué á acostarse donde pudo y Martín le dijo á Bautista en francés:

—Cuidado, eh. Hay que estar preparados para escapar á la mejor ocasión. Y Bautista movió la cabeza afirmativamente, dando á entender que no se olvidaba.



## CAPÍTULO IV

### HISTORIA CASI INVEROSÍMIL DE JOSHÉ CRACASCHS

**L**os dos días siguientes estuvo lloviendo, y se pasó la partida en la venta haciendo algunos reconocimientos por los alrededores. Ni Zalacaín ni Bautista vieron al Cura. Sin duda éste no se presentaba más que en los momentos graves.

Como era natural entre tanta gente inactiva, se pasaron las horas al lado del fuego hablando y contando diferentes episodios y aventuras.

Había en la partida un muchacho de Tolosa, muy melancólico, cuyas únicas ocupaciones eran mirarse á un espejito de mano y tocar el acordeón. Este muchacho se llamaba José Cacochipi y

algunos, á sus espaldas, le decían José Cracasch ó sea en castellano José Manchas.

Martín y Bautista le preguntaron varias veces qué le pasaba para estar tan triste, si es que le dolían las muelas, si tenía las digestiones lentas, disgustos de familia ó algún desorden en la vejiga; á todas estas preguntas contestaba Cacochipi, alias Cracasch, diciendo que no le pasaba nada, pero suspiraba como si le ocurrieran todas esas calamidades al mismo tiempo.

Como el tal Cacochipi constituía un misterio, Martín preguntó á Dantchari, el Estudiante, si por ser tolosano sabía la historia de su conterráneo y amigo, y el ex-seminarista dijo.

—Si no le decís nada os contaré la historia de Joshé, pero habéis de prometerme no burlaros de él.

—No nos burlaremos de él ni le diremos nada.

Dantchari hablaba con esa pedantería clásica de los curas que creen indispensable, para mayor claridad, decir de cuando en cuando alguna palabra en latín.

—Pues habéis de saber—dijo Dantchari—que José Cacochipi, el hijo menor de André Anthoni la confitera, ha sido conocido siempre *urbi et orbe* por el apodo de Joshé Cracasch.

Este apodo lo tenía muy merecido porque Joshé era hace años, y aun hace meses, el mozo más abandonado de la ciudad y de los contornos, así que todo el pueblo *némine discrepante* lo apodaba Cracasch

Joshé no ha tenido hasta hace poco más pasión que la música.

Quisieron hacerle estudiar para cura y ordenarle *in sacris*, pero fué imposible.

Se puede decir de él que es músico *per se* y hombre *per accidens*.

Durante muchos años se ha pasado ocho ó nueve horas en el piano haciendo ejercicios, y como no ha tenido alma más que para la música, en todo lo demás ha sido un descuidado horrible.

Llevaba el traje lleno de lamparones, la boina sucia, el pelo largo, se olvidaba la corbata. Era una verdadera calamidad.

Por eso se llamaba Joshé Cracasch, y á él no solo no le ofendía el apodo sino que le hacía gracia; en cambio su madre, André Anthoni, se ponía como una fiera cuando oía que á su hijo le llamaban así.

Hará un año próximamente que un indiano rico llamado Arizmendi, y que dicen que ha sido pirata... Yo no lo sé, *relata refero*. Como digo, este señor, le preguntó al párroco:



—¿Qué profesor de música le podría yo poner al chico?

—El mejor, José Cacochipi—contestó el cura.

Le hablaron á Cracasch y este se encogió de hombros y dijo que bueno. Su madre le preparó ropa limpia y le advirtió que tuviera cuidado con lo que decía y que fuera prudente, pues la colocación podía ser un *modus vivendi* para él. Cracasch prometió ser prudentísimo.

Llegó el primer día á casa de Arizmendi y preguntó por el amo.

Salió á abrirle una muchacha, y poco después se presentó un señor. La muchacha le dijo que dejara la boina en el colgador.

—¿Para qué?—replicó Joshé—y luego, dirigiéndose al señor, le preguntó.—¿Es la criada, eh?

—No, esta señorita es mi hija—contestó friamente el señor Arizmendi.

Cracasch comprendió que había dado un tropiezo y para enmendarlo, dijo:

—Es muy guapa. ¡Ya se parece á usted, ya!

—No. Si es hijastra mía—contestó el señor Arizmendi.

—Ja, ja... ¡qué risa!... Ya tendrá novio, eh.

Cacochipi fué á dar en un punto que preocupaba á la familia, pues la mucha-

cha tenía amores á disgusto de los padres, con un primo.

El señor Arizmendi le dijo que no hiciera más preguntas impertinentes, que ya sabía que era medio bobo, pero que aprendiese á reportarse.

Joshé, muy extrañado con tal exabrupto, fué al cuarto del chico donde dió su primera lección de solfeo. Aquellas palabras duras del señor Arizmendi más que ofender le extrañaron. Joshé no tenía ninguna malicia, toda su vida la había pasado pensando en la música, y de otras cosas nada sabía.

A Cacochipi, que estuvo varias veces invitado á comer con la familia de Arizmendi, le chocaba la tristeza del padre y de la madre y de las hermanas y quiso alegrarlos un poco; porque como dice el profano: «Omissis curis, jucunde vivendum esse», lo cual quiere decir que se debe vivir alegremente y sin cuidados.

Lo primero que se le ocurrió á Cracasch un día que se figuró que ya tenía confianza con la familia de Arizmendi fué á los postres imitar el ruido del tren, luego intentó cantar una canción que en la taberna tenía mucho éxito. En esta canción se hace como si se tocara la flauta y el bombo, y como si se comiera en una cazuela, y luego medio se desnuda uno mientras canta. Joshé creía

que cuando él se quitara la chaqueta y el chaleco toda la familia rompería á reír á carcajadas, pero fué todo lo contrario, porque el señor Arizmendi, mirándole con ojos terribles, le dijo:

—Bueno, Cacochipi; póngase Vd. el chaleco y no vuelva Vd. á quitárselo delante de nosotros.

Joshé se quedó frío y no precisamente por la falta del chaleco.

—A esta gente no les hace gracia nada—murmuró.

Un día apareció á dar la lección con la cara pintada con varios lunares y no hizo efecto; otro, ayudado por su discípulo, ató los cubiertos á la mesa... y nada.

—¿Qué tal, Cracsch?—le preguntaba alguno en la calle.—¿Cómo vá la familia de Arizmendi?

—¡Ah! Es una gente que nada le gusta...—contestaba él.—Se hacen cosas bonitas para divertirles... y nada.

El día de Carnaval Joshé Cracsch tuvo una idea de las suyas y fué convencer á su discípulo para que sacara los trajes de su madre y de una hermana. Se disfrazarían los dos y darían á la familia Arizmendi una broma graciosísima.

—Ahora sí que se van á reír—decía Cacochipi en su interior.

El chico no se anduvo en retóricas y

el domingo de Carnaval tomó los mejores trajes que encontró y fué con ellos á la confitería. Maestro y discípulo se pusieron las prendas femeninas, y armados de sendas escobas fueron á la puerta de la iglesia.

Al salir Arizmendi con su mujer y sus hijas de misa, Cacochipi y su discípulo cayeron sobre ellos y les dieron un sin fin de apretones y de golpes; Joshé recordó á Arizmendi que tenía dentadura postiza, á su mujer que se ponía añadidos y á la hija mayor el novio con quien había reñido, y después de otra porción de cosas igualmente oportunas se marcharon las dos máscaras dando brincos.

Al día siguiente cuando se presentó en casa de Arizmendi, pensó Cracsch:

—Nada, van á felicitar me por la broma de ayer.

Entró y le pareció que todo el mundo estaba serio. De pronto se le acercó Arizmendi y con voz más que severa iracunda, en un terrible *ab irato*, le dijo:

—No vuelva Vd. á poner los pies en mi casa. ¡Imbécil! Si no fuera Vd. un idiota le echaría á puntapiés.

—Pero ¿por qué?—preguntó Joshé.

—¿Y lo pregunta Vd. todavía, majadero? Cuando no se sabe portarse como una persona, no se debe alternar con los demás. Yo creía que era Vd. un estúpido pero no tanto.

Cacochipi por primera vez en su vida se sintió ofendido. Se encerró en su casa y empezó á pensar en la Celedonia, la segunda hija de Arizmendi y en la voz suave y la *eloquendi suavitatem* con que le saludaba por las mañanas cuando le decía:

—Buenos días, Joshé.

Cacochipi se convenció de que, como le había dicho Arizmendi, era un estúpido y de que además estaba enamorado. Estos dos convencimientos le impulsaron á mudarse de traje, á cortarse el pelo, á ponerse una boina nueva y á no permitir que nadie le llamara Cracasch.

—Oye, Cracasch—le decía alguno en la calle.

—¡Hombre! Creo que me has llamado Cracasch—decía él.

—Sí ¿y qué?

—Que no quiero que me vuelvas á llamar así.

—Pero hombre, Cracasch...

—Toma—y Joshé empezaba á puñetazos y á golpes.

En poco tiempo Joshé borró su apodo de Cracasch. La Celedonia Arizmendi había notado la transformación de Joshé y sabía la parte que en este cambio le correspondía á ella. Joshé veía que la muchacha le miraba con buenos ojos; pero era tan tímido que nunca se hubiera atrevido á decirle nada.

Llevaban sus amores el camino de pasar á la historia sin llegar al primer capítulo cuando el hijo de un boticario se encargó de darles una solución.

Quería burlarse de Joshé y escribió una carta de amor grotesca á la hija de Arizmendi firmando Joshé Cracasch.

La chica le envió la carta á Joshé diciéndole que se querían burlar de él, pero que ella le estimaba y que pasara por delante de su casa y que hablarían.

Joshé fué y le vió á la muchacha y le dió las buenas tardes y no se le ocurrió más; ella le preguntó si su madre, Andre Anthoni, estaba buena, él la contestó que sí y entonces ella le dijo:

—Hasta mañana, Joshé.

—Adios.

Cacochipi quedó como embobado; necesitaba respirar, tomar aire y salió de Tolosa y tomó el camino de Anoeta y pasó Anoeta y luego Irura y cruzó Villabona y fué andando andando hasta que se topó con la partida del Cura que iba á conquistar *viribus et armis* la gloria. Uno de la partida le dió el alto y le hizo descender de las sublimidades amatorio-musicales en que se hallaba sumido, presentándole el sencillo dilema de recibir una paliza ó de venirse con nosotros.

Joshé Cacochipi por muy aficionado

que sea á la música no ha querido que solfeen sobre él y ya hace un mes que está en la partida.

Tal era la historia de Joshé Cracasch que contó Dantchari el Estudiante con algunos latinajos más de los que pone el autor.



## CAPITULO V

### CÓMO LA PARTIDA DEL CURA DETUVO LA DILIGENCIA CERCA DE ANDOAIN

AL tercer día de estar en la venta la inacción era grande, y entre el Jabonero y Luschía acordaron detener aquella mañana la diligencia que iba desde San Sebastián á Tolosa.

Se dispuso la gente á lo largo del camino de dos en dos; los más lejanos irían avisando cuando apareciera la diligencia y replegándose junto á la venta.

Martín y Bautista se quedaron con el Cura y el Jaboner, oporque el cabecilla y su teniente no tenían bastante confianza en ellos.

A eso de las once de la mañana avisaron la llegada del coche. Los hombres

que espiaban el paso fueron acercándose á la venta, ocultándose por los lados del camino.

El coche iba casi lleno. El Cura, el Jabonero y los siete ú ocho hombres que estaban con ellos se plantaron en medio de la carretera.

Al acercarse el coche el Cura levantó su garrote y gritó:

—¡Alto!

Anchusa y Luschía se agarraron á la cabezada de los caballos y el coche se detuvo.

—¡Arrayua! ¡El Cura!—exclamó el cochero en voz alta.—Nos hemos fastidiado.

—Abajo todo el mundo—mandó el Cura.

Egozcue abrió la portezuela de la diligencia. Se oyó en el interior un coro de exclamaciones y de gritos.

—Vaya. Bajen Vdes. y no alboroten—dijo Egozcue con finura.

Bajaron primero dos campesinos vascongados y un cura, luego un hombre rubio al parecer extranjero y después saltó una muchacha morena que ayudó á bajar á una señora gruesa de pelo blanco.

—Pero Dios mío ¿adónde nos llevan?—exclamó ésta.

Nadie le contestó.

—¡Anchusa! ¡Luschía! Desenganchad

los caballos—gritó el Cura.—Ahora todos á la posada.

Anchusa y Luschía llevaron los caballos y no quedaron con el Cura más que unos ocho hombres contando con Bautista, Zalacaín y Joshé Cracasch.

—Acompañad á éstos—dijo el cabecilla á dos de sus hombres señalando á los campesinos y al cura.

—Vosotros—é indicó á Bautista, Zalacaín, Joshé Cracasch y otros dos hombres armados—id con la señora, la señorita y este viajero.

La señora gruesa lloraba afligida.

—Pero ¿nos van á fusilar?—preguntó gimiendo.

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo uno de los hombres armados, brutalmente.

La señora se arrodilló en el suelo pidiendo que la dejaran libre.

La señorita pálida, con los dientes apretados lanzaba fuego por los ojos. Sin duda sabía los procedimientos usados por el Cura con las mujeres.

A algunas solía desnudarlas de medio cuerpo arriba, les untaba con miel el pecho y la espalda y las emplumaba; á otras les cortaba el pelo ó lo untaba de brea y luego se lo pegaba á la espalda.

—Ande Vd., señora—dijo Martín—que no les pasará nada.

—¿Pero adonde?—preguntó ella.

—A la posada que está aquí cerca.

La joven nada dijo, pero lanzó á Martín una mirada de odio y de desprecio.

Las dos mujeres y el extranjero comenzaron á marchar por la carretera.

—Atención, Bautista—dijo Martín en francés—tú al uno yo al otro. Cuando no nos vean.

El extranjero extrañado, en el mismo idioma, preguntó:

—¿Qué van Vdes. á hacer?

—Escaparnos. Vamos á quitar los fusiles á estos hombres. Ayúdenos Vd.

Los dos hombres armados, al oír que se entendían en una lengua que ellos no comprendían, entraron en sospechas.

—¿Qué habláis?—dijo uno retrocediendo y preparando el fusil.

No tuvo tiempo de hacer nada porque Martín le dió un garrotazo en el hombro y le hizo tirar el fusil al suelo, Bautista y el extranjero forcejearon con el otro y le quitaron el arma y los cartuchos. Joshé Cracasch estaba como en babia.

Las dos mujeres, viéndose libres, echaron á correr por la carretera en dirección á Hernani. Cracasch las siguió. Este llevaba una mala escopeta que podía servir en último caso. El extranjero y Martín tenían cada uno su fusil, pero no contaban más que con pocos cartuchos. A uno le habían podido quitar la cartuchera, al otro fué imposible.

Este volaba corriendo á dar parte á los de la partida.

El extranjero, Martín y Bautista corrieron y se reunieron con las dos mujeres y con Joshé Cracasch.

La ventaja que tenían era grande, pero las mujeres corrían poco; en cambio la gente del Cura en cuatro saltos se plantaría junto á ellos.

—¡Vamos! ¡Animo!—decía Martín.—En una hora llegamos.

—No puedo—gemía la señora.—No puedo andar más.

—¡Bautista!—exclamó Martín.—Corre á Hernani, busca gente y tráela. Nosotros nos defenderemos aquí un momento.

—Iré yo—dijo Joshé Cracasch.

—Bueno, entonces deja el fusil y las municiones.

Tiró el músico el fusil y la cartuchera y echó á correr como alma que lleva el diablo.

—No me fío de ese músico simple—murmuró Martín.—Vete tú, Bautista. La lástima es que quede un arma inútil.

—Yo dispararé—dijo la muchacha.

Se volvieron á hacer frente, porque los hombres de la partida se iban acercando.

Silbaban las balas. Se veía una nebulilla blanca y pasaba al mismo tiempo una bala por encima de las cabezas de

los fugitivos. El extranjero, la señorita y Martín se guarecieron cada uno detrás de un árbol y se repartieron los cartuchos. La señora vieja, sollozando, se tiró en la hierba por consejo de Martín.

—¿Es Vd. buen tirador?—preguntó Zalacaín al extranjero.

—¿Yo? Sí. Bastante regular.

—¿Y usted, señorita?

—También he tirado algunas veces.

Seis hombres se fueron acercando á unos cien metros de donde estaban guarecidos Martín, la señorita y extranjero. Uno de ellos era Luschía.

—A ese ciudadano, le voy á dejar cojo para toda su vida—dijo el extranjero.—Efectivamente, disparó y uno de los hombres cayó al suelo dando gritos.

—Buena puntería—dijo Martín.

—No es mala—contestó fríamente el extranjero.

Los otros cinco hombres recogieron al herido y lo retiraron hacia un declive. Luego cuatro de ellos, dirigidos por Luschía, dispararon al árbol de donde había salido el tiro. Creían sin duda que allí estaban refugiados Martín y Bautista y se fueron acercando al árbol. Entonces disparó Martín é hirió á uno en una mano.

Quedaban solo tres hábiles, y retrocediendo y arrimándose á los árboles siguieron haciendo disparos.

—¿Habrá descansado algo su madre?—preguntó Martín á la señorita.

—Sí.

—Que siga huyendo. Vaya usted también.

—No, no.

—No hay que perder tiempo—gritó Martín dando una patada en el suelo.—Ella sola ó con Vd. ¡Hala! En seguida.

La señorita dejó el fusil á Martín y en unión de su madre comenzó á marchar por la carretera.

El extranjero y Martín esperaron, luego fueron retrocediendo sin disparar, hasta que al llegar á una vuelta del camino comenzaron á correr con toda la fuerza de sus piernas. Pronto se reunieron con la señora y su hija. La carrera terminó á la media hora, al oír otra vez que las balas comenzaban á silbar por encima de sus cabezas.

Allí no había árboles donde guarecerse, pero sí unos montones de piedra machacada para el lecho de la carretera, y en uno de ellos se tendió Martín y en el otro el extranjero. La señora y su hija se echaron en el suelo.

Al poco tiempo aparecieron varios hombres; sin duda ninguno quería acercarse y llevaban la idea de rodear á los fugitivos y de cogerlos entre dos fuegos.

Cuatro hombres fueron á campo traviesa por entre maizales, por un lado de

la carretera, mientras otros cuatro avanzaban por otro lado entre manzanos.

—Si Bautista no viene pronto con gente creo que nos vamos á ver apurados—exclamó Martín.

La señora, al oírle, lanzó nuevos gemidos y comenzó á lamentarse con grandes sollozos de haber escapado.

El extranjero sacó un reloj y murmuró:

—Tenía tiempo. No habrá encontrado á nadie.

—Eso debe ser—dijo Martín.

—Veremos si aquí podemos resistir algo—repuso el extranjero.

—¡Hermoso día!—murmuró Martín.—La verdad es que un día tan hermoso convida á todo, hasta á que le peguen á uno un tiro.

—Por si acaso, habrá que evitarlo en lo posible.

Dos ó tres balas pasaron silbando y fueron á estrellarse en el suelo.

—¡Rendíos!—dijo la voz de Belcha por entre unos manzanos.

—Venid á cogernos—gritó Martín, y vió que uno le apuntaba en el monte desde cerca de un árbol; él apuntó á su vez y los dos tiros sonaron casi simultáneamente. Al poco tiempo el hombre volvió á aparecer más cerca, escondido entre unos helechos, y disparó sobre Martín.

Este sintió un golpe en el muslo y comprendió que estaba herido. Se llevó la mano al sitio de la herida y notó una cosa tibia. Era sangre. Con la mano ensangrentada cogió el fusil y apoyándose en las piedras apuntó y disparó. Luego sintió que se le iban las fuerzas al perder la sangre y cayó desmayado.

El extranjero aguardó un momento, pero en aquel instante una compañía de migueletes avanzaba por la carretera corriendo y haciendo disparos, y la gente del Cura se retiraba.

